

KRONNO

ZOMBER

Z4EVER



mř

KRONNO ZOMBER

Z4EVER

QUE LA INFECCIÓN SE PROPAGUE

m̄r

© Kronno Zomber, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de cubierta e interior: © Héctor Trunnec
Fotografía de contracubierta: cortesía del autor

Primera edición: junio de 2017
ISBN: 978-84-270-4283-4
Depósito legal: B. 10.395-2017
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Black Print
Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

I. KRONNO ZOMBER	11
II. <i>BLACKOUT</i>	22
III. <i>VERY BEST FRIEND</i>	35
IV. EL DOCTOR X	47
V. CARRETERA PERDIDA	60
VI. EL ASESINATO DE UN AMIGO	73
VII. NOCHE DE MIEDO	80
VIII. DESCONCIERTO	88
IX. UN ESPACIO NUEVO	95
X. LA PSICÓLOGA	105
XI. TORMENTA	115
XII. GRABACIÓN DEL DOCTOR X	126
XIII. ESCAPANDO DEL DIARIO	132

XIV. EL SÓTANO SECRETO	144
XV. SABOR AMARGO	154
XVI. LADY ZOMBER Y LA MUERTE	169
XVII. EL LABERINTO DE LOS ENGAÑOS	176
XVIII. FINAL	180

I KRONNO ZOMBER

Nunca es fácil sentirse protegido ni a salvo en el mundo en el que vivimos. El peligro nos acecha de noche y de día, pero la noche es mucho más inquietante y difícil de transitar... Uno se siente presa fácil cuando no hay luz alrededor. Además, esta noche es especialmente complicada porque hace mucho calor a pesar de estar inmersos en lo que antes conocíamos como invierno. En mi ciudad los inviernos nunca han sido del todo fríos, pero este bochorno no es normal en enero. Las estaciones han cambiado. Y no solo las estaciones: todo es diferente y nada se parece a lo que conocimos. Ya no se puede esperar gran cosa de las previsiones y en eso consiste mi forma de pensar: no esperar nada de la vida. Solo hay que sobrevivir. Sin embargo, algo dentro de mí se resiste a la mera idea de sobrevivir. Yo siempre quise ser algo más, nunca fui ese tipo de persona que se conforma con dejar pasar la

vida como si fuera una película en la que uno no es más que un extra. Yo esperaba algo más incluso antes de que empezara este «apocalipsis zombi» que estamos viviendo.

Me llamo Kronno Zomber, el chico de la gorra negra y la sudadera roja. No es esto lo que más me distingue de los demás. Mi corazón todavía es humano, pero por fuera... Mi cuerpo sufre una mutación difícil de explicar, sobre todo mis ojos, mi mirada de zombi. En mi interior guardo un monstruo parecido a los que están acabando con la especie humana. Mi especie. Sigo sintiéndome una persona, a pesar de estar infectado, de no ser exactamente un ser humano como los demás. Ahora que todo el mundo ha tirado la toalla ante una realidad que nadie comprende, me siento más rebelde que nunca, más necesitado de buscar una salida a la oscuridad que nos rodea. He conocido la vida antes de que este maldito virus convirtiera a la gente en carne putrefacta y hambrienta, e incluso cuando todo era «normal» deseaba elegir mi manera de vivir. No me siento un héroe, pero aquí estoy, dando la cara, persiguiendo mis sueños. Aunque ya no son los que había previsto. Nunca traté mis deseos como quimeras inalcanzables, sino como realidades a cumplir, aunque fuera con esfuerzo. Trabajé mucho en ellos, en construir mi propio camino. Siempre teniendo claros mis objetivos.

Ahora todo ha cambiado y estamos bien jodidos, pero eso no significa que vaya a tirar la toalla. Sacaré fuerzas, porque no puedo quedarme de brazos cruzados mientras millones de monstruos acaban con la humanidad. Aunque a la vida, en este momento, hay que atacarla... «Vivir» ha cambiado de significado.

Debería empezar por el principio, pero es complicado saber dónde empieza esta historia. Supongo que lo primero que nos puso en alerta fueron las pequeñas mutaciones que empezaron a sufrir los adolescentes de mi ciudad. Una ciudad costera, bonita y soleada, con inviernos templados y veranos ardientes. Un lugar agradable al que venía gente de todo el mundo por su ambiente festivo. Desde pequeño estoy acostumbrado al ir y venir de las multitudes. Aunque mi ciudad no se vio libre de artimañas políticas ni de famoseo, hasta donde yo recuerdo nunca fuimos noticia de primera página. Y luego, aquel día nos convertimos en el epicentro de la infección más grave de toda la historia. Lo que empezó como una extraña enfermedad local acabó por convertirse en una epidemia de proporciones mundiales.

El primer recuerdo que tengo de la catástrofe es la información que se propagaba en los informativos y en las redes sociales. Al mirar las noticias creía estar viendo una película de mutantes. Al principio me hacía gracia porque pensaba que a los medios se les había ido la olla. No me lo tomé en serio hasta que un día yo mismo también empecé a cambiar. Sentí en mi propia piel el drama que afectaba a tanta gente. Cambiaba por fuera, pero intentaba mantenerme fuerte por dentro. Sin embargo, la enfermedad era intensa. Los cambios físicos desencadenaban grandes transformaciones interiores, emocionales. Y no solo cambiaba yo, sino también todos a mi alrededor, y de una forma tan rápida... En poco tiempo el mundo se convirtió en un lugar podrido.

De alguna manera, conseguí resistir, evité transformarme en un zombi como los demás... Pero el proceso no se ha detenido, sigue evolucionando y temo acabar convertido en

uno de ellos. Cambiaron mis ojos y cambió mi piel, pero no he dejado de luchar. Ahora estoy preparado para enfrentarme a la mayor amenaza imaginable. Algo que empieza hoy, esta misma noche. Mi chica y mi mejor amigo me acompañan. Estamos en un hospital abandonado, un escenario digno de una película de terror. Buscamos información sobre lo que está pasando, un trabajo sucio que nos ha encargado un médico que trabaja para el gobierno y del cual no me fío en absoluto. Ni siquiera sé por qué nos ha elegido a nosotros. Lo curioso es que es el mismo hospital en el que me parió mi madre. Aquí empezó mi vida... y aquí podría terminar. El lugar pone los pelos de punta. Parece una trampa, pero estoy dispuesto a asumir el riesgo si la información que encontremos sirve para dar una solución a este mundo absurdo en el que los zombis se comen a los humanos.

Tengo miedo y no me importa reconocerlo, porque el trabajo que nos han encargado es peligroso. Para mí y para los que me acompañan, dos de las personas a las que más quiero. Intento aparentar tranquilidad para que ellos mismos mantengan la calma, pero no puedo olvidar que este edificio está lleno de monstruos que custodian el secreto que hemos venido a robar. Nos hemos metido en la boca del lobo, estamos en una guerra extraña. Mis fuerzas llegan a su límite y creo identificar cuál es: el amor por los míos. No quiero que eso me haga vulnerable.

Desde que empezó el apocalipsis zombi he perdido casi todo lo que amaba. Esto debería haberme endurecido, pero no es así. Tengo más miedo que nunca a quedarme sin lo poco que poseo ya. Las dos personas que me acompañan son los puntales de mi energía. Y cuando están en peligro,

mis fuerzas fallan. Si me quitan el único amor que me queda, no seré nadie. Nunca he sido un romántico, más bien todo lo contrario, pero reconocer mis propios sentimientos no es ser romántico; es ser alguien que sabe por lo que lucha. He sufrido grandes pérdidas y he sentido la furia, la rabia, la desesperación, la angustia, un dolor inmenso. No voy a perder nada más, y menos por culpa de estos zombis cabrones a los que quiero aniquilar.

Me hago preguntas a toda velocidad y me planteo hipótesis terribles: ¿Y si esta noche perdiera al amor de mi vida? ¿Y si esta noche perdiera a mi mejor amigo? No debo ni siquiera contemplar estas posibilidades. ¡Pensar en perder es aceptar una derrota por adelantado! Yo no he nacido para fracasar, sino para estar donde quiero estar. Cuando era pequeño los hospitales servían para cuidar de los enfermos, para combatir las enfermedades. Recuerdo que la gente se movilizaba para que continuaran siendo públicos, para todo el mundo. Pero eso era antes...

—A los hospitales siempre se viene a morir —afirma mi amigo Z, como si estuviera escuchando mis pensamientos.

Sus palabras no son una respuesta a mis divagaciones, sino al sonido de unos pasos que suben por las escaleras. De pronto ya no se escucha nada, ni siquiera nuestra respiración. Desde que el peligro se ha convertido en norma, el silencio se ha vuelto algo importante y valioso. Vivimos en un silencio constante e inaguantable y, a veces, no es fácil escuchar la nada.

—¿Habéis oído algo? —pregunta mi chica, a la que todos llaman Lady Zomber.

—Creo que sí... Pero no estoy seguro —contesta Z.

Poco después me acerco a Z y le digo al oído: «A los hospitales siempre se ha venido con la esperanza de vivir más y mejor... No vuelvas a decir algo así». Ella nos mira extrañada y él se aparta de mí algo cabreado pero consciente de que el pesimismo no nos lleva a ningún sitio.

Buscamos la caja fuerte, donde pensamos que están los documentos que necesitamos. Mientras cruzamos el hospital mi cabeza oscila entre el presente y el pasado, y no lo puedo evitar. Los recuerdos se han vuelto importantes porque ayudan a pensar en una vida mejor, una que merezca la pena. Por otro lado, parece imposible que las cosas vuelvan a ser como antes, cuando daba la sensación de que todo el mundo era feliz, aunque nadie lo fuera en realidad. Me hace gracia pensar que, entonces, consideraba que todo el mundo estaba satisfecho menos yo. Sentirme diferente del resto siempre me produjo, desde pequeño, cierta tristeza, aunque nunca me atreví a mostrarla. Cuando empecé a convertirme en zombi y experimenté aquel desgarró en mi cuerpo, preferí encerrarme en mi habitación, no salir a la calle. Siempre ha sido así. No quería manchar esa especie de decorado feliz por el que todo el mundo se movía alegremente. La verdad es que tampoco quería ser identificado como enfermo y acabar encerrado en un centro de cuarentena, como tantos otros.

Ahora que vivimos en un mundo de pesadilla, yo lo siento todo más real que nunca. No quiero decir que me guste,

solo que es distinto. Antes la gente vestía como querían los diseñadores, hablaba como dictaba la televisión, comía lo que aconsejaban en las revistas... Tenías la sensación de estar en un contexto marcado por el signo de los tiempos. Las cosas eran nuevas o viejas. Ahora todo es de otra manera... En cierto sentido, más auténtico... Aunque sea terrible, al menos es todo de verdad.

Hemos vuelto a oír algo. Y es real. Hay algo moviéndose cerca y seguro que no es nada bueno. Nos colocamos espalda contra espalda, los tres, un gesto de defensa automático para cuando nos sentimos amenazados. Llevamos armas, pero no queremos usarlas en esta oscuridad para evitar el riesgo de herirnos entre nosotros. Estamos muy cerca de la caja fuerte donde se guardan los documentos que nos ha encargado robar el Doctor X. Lo sabemos porque disponemos de un plano detallado del edificio. Cuando nos lo dieron, recordé aquellos juegos de la infancia en los que buscábamos tesoros con mapas inventados. También me recordó los mapas de los videojuegos que descargábamos de Internet o que regalaban las revistas especializadas. Prefiero enfocar la situación actual como si fuera un juego. A fin de cuentas, si hay un mapa, siempre existe la posibilidad de encontrar una salida. Me hace gracia recordar ahora aquellas voces que insistían en que los videojuegos iban a reventarnos la cabeza. Es un humor bastante macabro, porque casi seguro que todos esos que nos ponían a parir ahora están muertos, devorados... o convertidos en zombis.

Lo de esta noche no es un videojuego, pero pensar en ello me lleva a creer que podremos pasar de pantalla sin problema. Es lo que tiene haber jugado tanto. Escuchamos nue-

vos ruidos, procedentes del otro lado de la habitación. Es decir, empezamos a estar rodeados y, además, mal ubicados, porque ocupamos el centro de la estancia. Situados entre dos puertas, no tendremos escapatoria si realmente alguien viene hacia nosotros desde dos direcciones distintas... Ojalá pudiéramos volar y salir disparados hacia el infinito de una vez por todas.

Teníamos que haber previsto otra ruta. Ahora estamos en una trampa y el sonido de pasos se intensifica por todas partes y es cada vez más cercano. Hay que moverse, y eso hacemos. Cuando las cosas se ponen feas ni siquiera hablamos entre nosotros, simplemente pasamos a la acción. No es la primera vez que nos encontramos en peligro, pero sí la primera que nos metemos en líos a cuenta de otros, por encargo. Al pensar en por qué estamos aquí, por qué el gobierno nos ha elegido a nosotros, descubro que hace tiempo que no me siento seguro con las decisiones que vamos tomando. En realidad esta «misión» ha sido más bien cosa mía, aunque los tres asumimos el riesgo juntos.

¿Cómo empezó todo? fue durante una reunión con unos tipos que decían trabajar para el gobierno. Quizá deba explicar antes a qué me refiero con lo de «gobierno». El Estado como tal, ha desaparecido. Queda una especie de estructura que dispone de vehículos y armas, aunque apenas controlan nada. No existe un organismo que estructure la vida de la sociedad. Esta se ha fragmentado en una multitud de pequeños grupos que colaboran entre sí para sobrevivir. Pero no hay nadie que ofrezca protección, ni tampoco nadie a quien rendir cuentas. De vez en cuando aparecen soldados que arbitran las relaciones entre los «clanes» y que coordi-

nan la única obligación que persiste: los controles de salud. Es el único residuo de autoridad que queda.

Esa gente del «gobierno» es la que contactó conmigo y me propuso este plan. Antes de decidir nada pedí la opinión de Z y de mi novia. Creo que nos precipitamos al prestarnos a esta locura. Convencido de que los documentos guardados en la caja fuerte de este hospital pueden ser clave para combatir la epidemia, no dudamos en lanzarnos a la aventura. ¿Para qué negarlo? Nos entusiasmó sabernos piezas de un plan que, por primera vez, prendía la luz de la esperanza para todos. Ahora entiendo cómo funciona la lógica de un buen estafador: conseguir que su víctima actúe antes de pensar en las consecuencias. No se puede embaucar a alguien que funciona utilizando los parámetros del sentido común, pero la cosa cambia si le haces seguir un estímulo primario e irracional. Por eso una persona estafada acaba sintiéndose responsable de la estafa a la que ha sido sometida, porque ha suspendido su capacidad para pensar. A nosotros nos sedujo la esperanza de una vida mejor. Pero debimos detenernos a reflexionar.

Las piezas no encajan. Cuanto más analizo la situación, más consciente me vuelvo de las incoherencias. Por un lado el «gobierno» debería contar con personas más calificadas que nosotros para una misión como esta. Nosotros somos supervivientes, pero tampoco hemos sido preparados de manera específica para este tipo de cosas. Además, los hospitales se han convertido en puntos calientes muy peligrosos. La gente, en su desesperación, acude a ellos buscando medicinas o recursos. Y los monstruos lo saben...

Deberíamos haberlo pensado antes; ahora ya no es el momento de hacerlo. Mi amigo Z se quita la gabardina. No es por calor, sino un truco que aprendimos hace mucho: el miedo deja en el sudor un olor que atrae a los zombis. Así que soltar aquí y allá prendas impregnadas de ese olor distrae sus sentidos y nos da un margen de movilidad. Z lanza la gabardina al otro extremo de la habitación. Lady Zomber también se quita su cazadora y la arroja hacia otro lugar. A esta técnica de distracción la llamamos *striptease*. Y funciona bien. Lo sé porque yo estoy infectado por el virus y puedo percibir el miedo a través del olfato, como ellos.

Lo que no puedo es sudar. No emito olores como el resto de los mortales. No padezco la enfermedad en toda su virulencia, pero algo se ha bloqueado en los procesos naturales de mi organismo. Esta especie de «esterilización» es lo que menos me preocupa: lo que me inquieta es que las cosas vayan a más cuando mis emociones entran en juego. Porque he comprobado que el desarrollo de mi infección avanza cuando experimento determinados estímulos emocionales. No es el miedo lo que me perturba, pero sí la ira o la rabia. En esos momentos me siento como ellos. Mis sentidos se agudizan: puedo ver en la oscuridad y puedo oler, con una precisión increíble, millones de matices en el aire, algunos tan desagradables que me producen náuseas. También noto el hambre ocupando hasta la última molécula del cuerpo. Sí, yo sé cómo se sienten porque estoy en proceso de convertirme en uno de ellos. Esto nos da una ventaja, a mí y a los que me acompañan.

El miedo me hace más humano, pero nuestra naturaleza nos lleva a combatirlo con reacciones de ira y violencia. Es

un patrón de conducta que he aprendido a conocer y a dominar. Estoy convencido de que un día dejaré de ser humano si no logro controlar uno de esos brotes. Dejaré de ser Kronno Zomber y me quedaré para siempre atrapado en el cuerpo de un zombi hambriento. Me pregunto si eso será el infierno y si podré evitarlo. Hace tiempo que entendí que tengo que vencer mi miedo con valor, nunca con ira.

Z y mi chica siguen moviéndose, quitándose ropa. Llevan encima varias capas, precisamente para desarrollar nuestra estrategia *striptease*. No soporto sus movimientos cargados de agitación cuando se separan de mí, y mi angustia crece. Y algo nuevo me sucede esta noche, porque me siento raro. ¿Qué ocurre? ¿Qué me está...? ¿Qué me está pasando? Siento como si me desvaneciera.